

# REQUISITOS PARA UNA

Se ha dicho bastante, mucho quizá, del pasado. Sobre todo de ese pasado que cualquiera puede anonadar bajo una montaña de conceptos más o menos adecuados a las circunstancias y más o menos justos. No es difícil ser justo con los conceptos. Se ha hablado —hemos hablado— de un modo enfáticamente abundante del castrismo, de la traición del castrismo. No está del todo mal. Pero estaría mejor que ese decir fuera un saber y, sobre todo, un saber para actuar; estaría mejor que esa traición nos enseñara a no volver a traicionarnos a nosotros mismos. Por esta vía, que no siempre ha sido de verdadera justicia, se ha hablado —hemos hablado— mucho de los otros, de todos los otros. Y quizá nunca se ha hablado bien. Es muy difícil ser justo con los hombres. Y más difícil aún no hacer un mal uso, es decir, un uso interesado de los hombres, tanto de aquellos que ofrendan generosamente su sangre como de quienes la beben para alimentar un odio y un resentimiento de los que todos somos en alguna medida culpables y a los cuales todos hemos contribuido con esplendidez.

Quizá por idénticas razones se ha hablado mucho también del futuro. ¿Y por qué no? Nadie podría arrebatarnos el derecho a la esperanza. ¿Y no decía Gabriel Marcel que esperando la liberación contribuimos a prepararla? (1). Posiblemente nuestra única obra de creación legítima resida en esa angustiada incitación de Fermín Peinado para crear la imagen de una "Cuba posible y deseable" (2). Digo posiblemente, porque ¿quién garantiza que tras lo deseable no se esconde una fuga de lo actual, y hasta de lo posible? ¿Quién puede afirmar sin temblor que cuando proyecta el porvenir deseado no realiza una inhibición, una auténtica alienación de la dolorosa realidad actual? En este caso, ¿sería verdadero hablar de una imagen posible? Parece que no. Para que sea posible la Cuba deseable habría que partir de una objetiva y por muchos motivos dramática diseción de la Cuba combatiente. Y de los cubanos, combatientes o no.

—Hemos trabajado para el de-nuestro y la elegía; ¿por qué no hacerlo, siquiera una vez, para la crítica, que debe ser realizada con amor, pero profundamente? ¿Por qué no partir de la preocupación

de quienes, hermanos por la historia y el idioma, asisten con angustia a nuestra desorientación y acumulan, para mal suyo y desgracia nuestra, error sobre equivocación? Si nos juzgan mal, ¿de quién es la culpa?

Es casi una convención del lenguaje político latinoamericano actual afirmar que el desacuerdo constituye el común denominador de los cubanos. Hay en este juicio una exageración, pero no una inexactitud. Parece evidente que una experiencia tan amplia y profunda como la de Cuba debía haber producido en los cubanos un grado de decantación que les hiciera capaces de superar las respectivas cargas emocionales y producir un juicio objetivo sobre el proceso cubano como tal, sobre el fenómeno comunista según una escala hemisférica y sobre este mosaico de intereses espurios, aspiraciones legítimas y fobias a veces injustificadas que —como toda otra política— constituyen la política de Latinoamérica. Ha ocurrido todo lo contrario y ahora comprendemos menos que antes. Entre los latinoamericanos y sus problemas y los cubanos y los suyos se ha levantado una barrera de equívocos e inconsecuencias que hace casi imposible la comunicación. Ahora bien, esta incompreensión, este desacuerdo con los demás traduce un desacuerdo interno que los latinoamericanos han captado fielmente.

No sería correcto deducir, sin embargo —como querría cierta interesada toma de posición—, que tal desacuerdo es consubstancial a nuestra situación política. Tampoco parece que pueda darse por legítimo un emplazamiento que intenta prescindir de la persona de quienes lo hacen para referirse con carácter de exclusividad a los acusados, en este caso los cubanos. No es cosa de convertir a los cubanos en chivos emisarios de toda la ineficacia o la cobardía latinoamericanas. Todo juicio es un juicio doble y afecta tanto al reo como al acusador, y el enunciado de América Latina sobre los cubanos dice tanto de quienes lo hacen como de la realidad que pretende definir. La experiencia trágica de Cuba también ha cegado a los latinoamericanos.

Ahora bien, en este equívoco hay ante todo un claro llamado a la objetividad, a la sinceridad. Los

cubanos han de renunciar necesariamente a los pretextos, a los reforcimientos de la razón y a la satisfacción de mezquinos rencores sectarios: la mayoría de las tomas de posición frente a la frustración y consecuente comunización del proceso revolucionario cubano han respondido a actitudes subjetivas que lejos de facilitar la comprensión del hecho político lo oscurecen con el contrabando de elementos emocionales. A esto habrá que renunciar sobre todo. Y no hay aquí concesión alguna, porque los desacuerdos están a la puerta de cada cubano y nos golpearán con tanta mayor violencia cuanto más radical sea la decisión de quedarnos en los puros huesos de la verdad y no apelar, por la vía nada honesta de hurgar en las motivaciones de los actos ajenos, a recursos de mala ley que sin legitimar nuestras acciones sólo pueden añadir resquemores y provocar resistencias cada vez más tenaces.

Digamos más. Si se prescinde de la evidente intención peyorativa que orienta muchas actitudes ante el fracaso de Cuba (fracaso de todos los cubanos y no, como quieren muchos, habilidad o responsabilidad exclusiva de los comunistas); si remontamos los orígenes de la tibieza de otros, unos orígenes donde la demagogia izquierdante y el complejo de culpa por la ausencia de una comprometida solidaridad con la sangrante demanda de justicia de un pueblo se dan la mano; si abstraemos el hecho de que con bastante frecuencia esta declaración sirve para que muchos justifiquen su inercia, su complicidad con el mal o el error, su falta de madurez política, su ineficacia y su egoísmo; si reservamos nuestras cargas sentimentales para el momento y el lugar oportunos y no exigimos de los demás una generosidad que estamos muy lejos de practicar; si, sobre todo, tratamos de ver las realidades como son y no como querríamos que fuesen, si evitamos los afeites y las mentiras y las concesiones a lo conveniente y oportuno, si buscamos, no el efectismo circunstancial, no el ruido útil, sino la verdad como únicamente puede ser buscada, con avidez y humildad, hallaremos como una náusea ese desacuerdo que lo desnaturaliza todo, que todo lo confunde y lo corrompe todo. Y si esa labor de buceo ha sido hecha con verdadera generosidad los cubanos hallaremos también la comprensión necesaria, que es como un primer escalón para remontar muchas de las insustanciales divisiones actuales y establecer el punto de convergencia que haga del exilio el factor de creación realmente eficaz que está llamado a ser.

Hemos dicho insustanciales y sería oportuno detenerse algo aquí. Es cierto que nuestros desacuer-

dos no apuntan a una totalidad, pero la citan. En apariencia son desacuerdos accesorios, circunstanciales, que dicen factores separados de la realidad, abstrayéndolos entre sí. Pero, ¿es legítimo esto? Se pretende que este juicio sobre las partes no puede afectar el todo, que estos desacuerdos parciales (cuestiones de forma, dicen algunos) no se refieren jamás a lo esencial. Esto es falso. La realidad es una totalidad, no un agregado de partes. La realidad no puede ser dividida a capricho en compartimientos estancos. Siempre que una de las partes de la realidad es considerada aisladamente se realiza un desgarramiento, una verdadera mutilación. Toda violencia ejercida sobre una de las partes la desnaturaliza en cuanto que es un elemento de la realidad, pero además deforma la totalidad de esa realidad, la desconoce. En ese sentido todo desacuerdo es total, no hay desavenencias circunstanciales.

## INCOMPRESION Y SECTARISMO

Y porque la realidad es un acto indivisible, porque los valores parciales son verdaderamente antivalores, constituye un absurdo abominable la pretensión de considerar la cuestión cubana como una sucesión de etapas o como un agregado de circunstancias que se

algunos muy brillantes, sobre la ordalía del pueblo cubano, pero no ha sido capaz de encauzar la comprensión de los acontecimientos que constituyen su trama e inciden peligrosamente sobre el estrechamiento social del continente americano. Más bien todo lo contrario. Otro tanto podría decirse de algunos sietemesinos teorizantes que no quieren ver en un país crucificado otra cosa que el necesario precio del desarrollo económico.

Esta incompreensión del hecho revolucionario como una totalidad y cierta forma de militancia sectaria están en la raíz de todo desacuerdo. Entre la incompreensión y el desacuerdo se produce inevitablemente una alianza que genera su propia fuerza, ambos se alimentan el uno del otro. Son como los dos polos necesarios de una descarga eléctrica. Dice Gunnar Myrdal que los procesos económicos obran, por efecto de una mecánica interna, de manera circular y acumulativamente (3). Así ocurre con este proceso: la incompreensión abona el sectarismo y éste, a su vez, hace más profunda la incompreensión. Acumulación perfectamente lógica, porque sectarismo e incompreensión son como las dos caras de una misma moneda, son términos complementarios y casi podría decirse convergentes. Donde aparece el sectarismo está dada

definiciones adoptadas según la pasión, exige los compromisos tajantes y rechaza como mediatización todo esfuerzo por cobrar perspectiva y comprender antes de actuar. ¿Es que querrían realmente actuar? Pensar con cabeza propia se está convirtiendo en un delito muy grave. Las definiciones son casi una obra de la opinión pública y deben responder fanáticamente al bando en que se milita. Manda aquí el rencor y la frustración, no la inteligencia. Este tipo de militancia, para definirlo de una vez, prescinde de los matices y cultiva históricamente los extremos, se nutre del rechazo y vive de la negación, parte de una concepción manca de la realidad y opera a través de formas castradas de la acción, nació huérfana y debe morir estéril.

Hay en esta voluntaria incompreensión mucho de derrotismo. Y mucho de complejo de culpa. Porque toda recapitulación lleva implícita una condenación. A veces muy amplia. De nuestros errores, de nuestra falta de objetividad, de nuestra farisaica generosidad, sobre todo de nuestras falsedades e imposturas. Es un absurdo criminal que conspira contra aquellos que más cuidado debían poner en aceptar la naturaleza del fenómeno político de Cuba, esta precavida resistencia que pretende dividir el mundo, para comodidad de los feroces y los imbéciles, en comunistas y anticomunistas, los malos y los buenos de los films del oeste. El mundo no es tan fácil como éso. Ni el hombre tan simple. Es, entre otras cosas, ignorar la esencial naturaleza humana. El mismo derrotismo que alimenta la incompreensión fabrica aquí la división entre los elegidos y los condenados. Esto es ridículo e hipócrita. Hay muchos del lado de acá que quisiéramos ver del lado de allá.

Esta deformación de los hechos está también en la base de todos los errores sobre la orientación de la lucha contra el castrismo. No es posible hallar la terapéutica adecuada antes de haber determinado las dimensiones verdaderas del mal y su naturaleza. No es con reticentes referencias a la falta de higiene de Fidel Castro, la ferocidad de Ernesto Guevara, el oportunismo inescrupuloso de Blas Roca, los supuestos trastornos endocrinos de Raúl Castro y el fracaso de la agricultura comunista que una verdadera comprensión del hecho revolucionario cubano y sus implicaciones futuras va a ser posible. Y va siendo hora de obrar una rectificación, tanto más necesaria cuanto que el mal amenaza con minarlo todo. Va siendo hora de que comprendamos que esta lucha, que se hace por y para el hombre, no es una cuestión de individuos más o menos calificados y más o menos reprobables, sino una cuestión de todos. Lo que

# CUBA POSIBLE

por José Barbeito

puede salvar o condenar aisladamente. Nadie se salva solo. Esa pretensión, entre otros mitos igualmente distorsionadores, nos ha conducido a la ilusoria y peligrosa conclusión de que comprendemos por separado determinados aspectos del proceso revolucionario cubano. No hay tal. No se comprende a retazos. Algunos podrán relatar, en calidad de actores, anécdotas que pertenecen a la historia del acontecer revolucionario; pero nada más. Esas mismas anécdotas aguardan por la correcta interpretación que las inserte, sin interesadas deformaciones, en la realidad total a que corresponden y de la cual nuestra arbitraria voluntad las ha secuestrado. Ocurre con los hechos poéticos como con las estadísticas, que carecen de sentido cuando son separadas del complejo total del que forman necesariamente parte. El aventurerismo romántico ha producido unas cuantas novelas y cientos de reportajes,

sin alternativas la incompreensión; y donde ésta aparece puede deducirse que la militancia sectaria — y sobre todo cierta forma cerril de la militancia sectaria, cierta forma de egoísmo militante y rencoroso — es una realidad inevitable.

Este tipo de militancia no está interesado en obtener los elementos de juicio indispensables para comprender un hecho, no está interesado en una asimilación verdadera de la realidad, ya sea cubana o exterior a Cuba, basada en la paciente, cuidadosa y responsable obra de estudiar con escrúpulos audaz pero temblorosamente, los factores casi siempre antagónicos que integran las circunstancias políticas, económicas y sociales de nuestro tiempo. Y fundamentalmente, de ese mundo mitad recordado mitad imaginado que es nuestro país. Esta militancia apela con carácter de exclusividad a las

está en juego es bastante más que el destino individual de cada hombre, aunque ese destino también esté en juego; lo que se debate —y no solamente a escala cubana o continental, sino a escala mundial— es lo que el hombre cree de sí mismo y del mundo y de las cosas. Esta lucha está por encima del individuo o no está en parte alguna. Si en esta lucha no está comprendido todo lo que del hombre es, sino también todo lo que le excede y, excediéndole, le da sentido y lo justifica, esta lucha es una farsa imbécil. A partir de esta necesaria extraversión del hecho humano, de esta si se quiere sobrehumanización de la persona y de los valores bajo los cuales —como alimentándose de ellos— obran las circunstancias políticas, a partir de aquí y no de los intereses particulares y las conveniencias de grupo o de partido es que debe adquirirse la imprescindible objetividad para comprender los hechos. Y para actuar.

Insistamos algo en la objetividad, esa objetividad que sirve de soporte necesario a toda honesta toma de conciencia de la realidad. Toda objetividad dice un alto grado de fidelidad a la verdad, a la verdad posible, a la verdad concebida como un hecho a escala humana. Esa verdad circunstancial que constituye el dominio natural de todo hombre fiel a sí mismo reside, sobre todo, en una amplia información fáctica que haga imposible tomar un gato por una liebre o confundir el paso atrás de la Nueva Política Económica soviética con una verdadera rectificación. Para los cubanos esta devoción a la objetividad marca una diferencia de vida y muerte, establece una opción insoslayable entre el regreso posible a la Cuba deseable y la permanencia indefinida en el actual estado de dispersión que debe conducir, en un plazo más o menos largo, a la pérdida de nuestra idiosincrasia como integrantes de una nación. Este peligro es particularmente serio para los cubanos del exilio, y ¡cuidado si no está ocurriendo algo de esto ya! Esta pérdida, que los decretos de Fidel Castro no pueden crear por decisión arbitraria sino que debe producirse, si se produce, en el interior de cada hombre, no puede ser combatida más que con el ejercicio continuado y consciente de una objetividad que cribe los valores esenciales de toda la hojarasca accesoria y circunstancial. No hay hipérbole alguna en afirmar que los cubanos están muy lejos hoy —como lo han estado en el pasado— de cultivar esa objetividad; casi podría decirse que la obstinada resistencia al conocimiento objetivo constituye una constante psicológica del cubano. Esta falta de objetividad es uno de los principales ingredientes del sectarismo-infecundo del exilio.

## UNA REVOLUCION IGNORADA

La ignorancia de los cubanos acerca del proceso revolucionario que culminó en la dictadura comunista de Fidel Castro tipifica, en cierto modo, esta falta de objetividad. Como hoy contra Fidel Castro, obraba entonces contra Fulgencio Batista idéntica ceguera histórica. Nadie tenía interés en adquirir el conocimiento de los hechos que habría hecho posible una cabal comprensión del proceso del cual éramos protagonistas. El único planteo admisible fué la necesidad —por otra parte, cierta— de producir el derrocamiento de la dictadura de Batista; y toda pretensión orientada hacia un saber más serio de los hechos fué calificada como complicidad con la tiranía. Se produjo así una opción sin matices entre Fidel Castro y Batista, sin saber siquiera si tal disyuntiva estaba fundamentada.

La mayoría de los cubanos vio la revolución como hubiese deseado o como temía que fuese una revolución. Pero no la vio como era. Y con toda seguridad los cubanos habrían descubierto que la revolución que se hacía no era la de sus cálculos, desde el primer momento, si se hubiese investigado sería y objetivamente bajo qué supuestos ideológicos, con qué métodos y cuáles fines, en qué circunstancias y, sobre todo, con qué hombres, estaba obrando aquella revolución. Esa investigación habría puesto a los cubanos en contacto con la verdadera crisis social (crisis de hombres, de valores, de métodos, de fines, de ideas) que convertía a Cuba en un volcán que en cualquier momento podría estallar. les habría dado un real conocimiento de los orígenes (las causas) posibles de una revolución, de aquella revolución, y ese conocimiento, a su vez, habría proporcionado las metas concretas y los procedimientos adecuados para la crisis. No hicimos lo primero y no tuvimos lo último. Entonces, como ahora, la exigencia infantil de "acción primero, programas después" nos dejó huérfanos de conocimientos, hizo infecunda la acción e imposibles los programas.

Es ridículamente trágico que la actitud de hoy corresponda en lo esencial a la de entonces. El mismo grado de cerril intransigencia, la misma incapacidad para comprender, parejo culto de una absurda y suicida mística de la acción con absoluto desprecio para los hechos objetivos, idéntico empeñamiento en la aplicación de procedimientos arbitrarios contrarios por la naturaleza de los acontecimientos que debían justificarlos y, sobre todo, el mismo anónimo rechazo de toda adecuada información que pueda hacer útil una acción y apropiado un plan. Como antes, los cubanos co-

rramos el riesgo de ignorar la naturaleza de la realidad política en que nos movemos, incluidos por igual los acontecimientos que se producen en Cuba y las acciones libradas fuera, en el escenario continental, y que de un modo u otro nos afectan necesariamente. Antes, merced a una asunción gregaria de los hechos, no comprendimos la lucha contra Batista; hoy, gracias a una similar militancia del absurdo, estamos en peligro de estimar inadecuadamente, en extensión y en profundidad, las dimensiones y la naturaleza del fenómeno castrista. Según toda evidencia, nuestras posibilidades para actuar en el futuro, sobre el futuro, dependen en gran medida —yo me atrevería a decir que enteramente— de la cuantía de presente que seamos capaces de incorporar de un modo consciente a nuestros esquemas actuales. ¿Se está produciendo esta asimilación? No, sin duda alguna.

Hay, por ejemplo, entre muchos cubanos, una vocación regresista más o menos velada. Las fechas varían según la formación político social del proponente, pero en todos los casos cierta forma del interés particular decide la selección. No soy el primero en consignar el hecho. Angel del Cerro advirtió ya que esa regresión "siempre ha sido difícil en cualquier época y en cualquier país, pero mucho más cuando los cambios ocurridos han sido tan profundos y cuando la mayor parte de los que llevan el peso de la lucha —hombres de menos de cuarenta años— no tienen mayor interés en volver atrás —entre otras cosas porque piensan que, francamente, no valdría la pena tanto sacrificio para volver a una era en que los gobiernos se caracterizaban —excepciones aparte— por la irresponsabilidad y las ambiciones descomulgadas" (4). Prescindamos aquí de las connotaciones éticas. ¿Es objetivamente válido, a los fines de producir los hechos indispensables para restaurar en Cuba un régimen de libertad, asumir la presente realidad insular a partir de estos sueños regresistas? La realidad histórica que hermana en Cuba, odios y sacrificios y siembra en el continente una legión de hombres desarraigados, esa realidad que no es exclusivo patrimonio de nuestros deseos sino que obra de acuerdo con su propia dinámica. ¿dice efectivamente relación con esta artificial construcción levantada con materiales tomados en su mayoría de los dominios de la voluntad? ¿Hay en los hechos recientes, tanto en Cuba como en el exterior, elementos que respalden esta interpretación de lo real? ¿Es que acaso existe siquiera el concepto de la realidad supuesto por cualesquiera de estas pretensiones arcaizantes? Muchas cosas han ocurrido en Cuba desde el 1 de enero de 1959; y muchas más desde el

10 de marzo de 1952. Otras tantas han ocurrido también en todos los cubanos. La nación que pretenden tales sueños regresistas habría que hacerla con cubanos que ya no existen. Se olvida con excesiva rapidez que la historia no camina hacia atrás; ni los hombres. Se olvida, sobre todo, la rica y sabia sentencia martiana: "que no en vano pasan las revoluciones por los pueblos..."

Hay un factor psicológico que no puede ser pasado por alto. Todo regresismo —y el futurismo también, en cierta forma— cuenta sólo consigo mismo. Los restantes elementos de la realidad son considerados como obstáculos, nunca como factores de integración. El regresismo es también sectarismo. E incomprensión. Obra siempre aquí el grupo de los elegidos, de los que están en posesión absoluta de "la verdad". Del mismo modo, la acción es definida por rechazo y defensivamente. Es siempre más cómodo y menos comprometido obrar en círculo cerrado. Los que están fuera adquieren el rostro de lo conflictivo, de lo que es necesario evitar.

Entre los cubanos esta actitud ha asumido a veces caracteres patológicos. Hay una forma de regresismo sectario del clandestinaje. Y otra de los presos políticos. Y una más de los exilados. Todas operan como resistencias. Todos, invariablemente, obran sin contar con los demás, ignorando que la realidad es una totalidad que les incluye a ellos. Más aún, la realidad —esa realidad que todo hombre está en el deber de conocer y de comprender— no puede prescindir siquiera del enemigo y de sus acciones. No son los exilados ni el aparato clandestino, no son los yanquis ni la Organización de Estados Americanos quienes gobiernan hoy en Cuba. nos agrada o nó. Una asunción integral de la realidad cubana actual tiene que incluir a los presos, los clandestinos, los exilados, los indiferentes, los tibios, los cobardes, los grandes culpables y las víctimas inocentes, los comunistas y los compañeros de viaje, los rusos y los norteamericanos, los piratas del azúcar y la guerra fría. Hasta los muertos. Las capillas puritanas, más aún que el cinismo militante, conspiran contra el futuro de Cuba. Proyectar desde una torre de marfil es el mejor servicio que puede prestarse al totalitarismo. La Cuba deseable sólo es posible a partir de esta asunción integral de la realidad presente, que puede ser desagradable y conflictiva pero que

—y en esto reside su inobjetable valor— es la que verdaderamente existe. En esa realidad no hay exclusiones posibles: todos salimos mejores o todos salimos dañados.

Es singular que en circunstancias como estas la acción de los cubanos anticastristas se decida por contragolpe, a manera de rechazos. Detrás de cada pronunciamiento hay un acto del State Department o una maniobra, por otra parte puramente doméstica, del gobierno de Goulart; unas veces son los cohetes rusos y otras la represión norteamericana contra las acciones de comando. Se actúa contra o a favor de los yanquis como si la cuestión cubana fuera un hecho de política interna de los Estados Unidos. Y esto es verdaderamente grave porque evidencia la ausencia de sentido político y enajena el futuro de Cuba. No puede perderse de vista que la piedra de toque del presente es su potencial capacidad para actuar sobre el futuro, para integrarlo. Un presente sin futuro es un presente no comprendido, no visto, no asumido. Este presente no habla de un mero "estar-aquí" que compartimos con los animales y las cosas, sino de una conciencia histórica que se desarrolla, tiene un origen y se dirige a un fin. En ese sentido los cubanos carecemos de presente. No por azar un número tan considerable piensa en el derrocamiento de la tiranía castrista en términos de política internacional, que es como decir de responsabilidad ajena; son incapaces de pensar realmente un futuro, un destino cubano. El destino de la nación cubana, según este peligroso pensamiento, se diluye en un futuro norteamericano. Esa ausencia de presente, esa falta de respuestas propias a la incitación creada por el comunismo antillano es la causa fundamental de que aún los cubanos no hayan producido una real y efectiva estrategia de lucha contra Fidel Castro. La falta de respuestas pone siempre a merced de los que sí tienen respuestas.

Lo que este dramático presente proyecta para Cuba, quizá con nuestra complicidad, es la postración económica y el caos político y administrativo, es la violencia y por muchas razones lógica radicalización de un pueblo, es la insensata consagración del odio, la división y el rencor (durante años los cubanos hablaremos idiomas radicalmente irreductibles), es el cansancio de todos. Nada mejor que esto dejará el castrismo en Cuba. La reconstrucción deberá ser hecha a partir de cero. Y no im-

porta cuál sea nuestra orientación política o nuestra formación social tendremos que, contra el interés foráneo y el egoísmo de algunos nacionales que querrían hacer de Cristo un miserable funcionario del desquite, promover la reconstrucción industrial y adelantar el desarrollo económico, aumentar la productividad agrícola sin despojar al campesino, incorporar a la clase trabajadora al esfuerzo común de reconstruir el país sin hacer caer sobre sus hombros todo el peso de los sacrificios, garantizar las libertades públicas y hacer posible un régimen de derecho que dé paso a un orden social y una política estables. Aunque a muchos les moleste el término, hay que señalar que esta situación es una situación esencialmente revolucionaria y que las soluciones que nazcan de ella habrán de ser también de naturaleza revolucionaria. Ni los arcaísmos ni las utopías pueden responder adecuadamente a este reto. ¿Hemos de improvisar, entonces? Dejaremos que las reticencias, los rencores, las frustraciones se apliquen por nosotros a la tarea de encontrar el camino de la Cuba deseable? "Ahora más que nunca el mero caminar a la deriva sería fatal y conduciría, con toda seguridad, a una dictadura de derecha o de izquierda. Ninguna generación se enfrentó jamás con tarea tan dura y onerosa..." (5).

Concluamos. No se trata ya, a estas alturas, de establecer definiciones por contraste y cultivar capillas esotéricas. Los arcaísmos y las utopías nos están haciendo mucho daño. Se trata de comprender. Y de comprender con la amplitud mayor que sea dable alcanzar. La Cuba deseable —una Cuba posible— sólo puede renacer verdaderamente cuando los cubanos se apliquen con generosidad al ejercicio obstinado, escrupuloso y consciente de la objetividad. En cierta forma es ésa la palabra de pase de esta generación americana.

- (1) Gabriel Marcel: "Prolegómenos para una metafísica de la esperanza". Edit. Nova, Buenos Aires.
- (2) Fermín Peinado: "Imagen de la Cuba posible y deseable". CUBA NUEVA: mayo 15-62.
- (3) Gunnar Myrdal: "Théorie économique et pays sous-développés". Ed. Présence Africaine, Paris.
- (4) Angel del Cerro: "No reincidamos". CUBA NUEVA: junio 1-62.
- (5) Karl Mannheim: "Libertad, poder y planificación democrática". Ed. Fondo de Cultura Económica, México.